

Zalmen Gradowski, *En el corazón del infierno. Documento escrito por un Sonderkommando de Auschwitz - 1944*, edición dirigida y presentada por Philippe Mesnard y Carlo Saletti, traducido del ídish [los manuscritos] por Varda Fiszbein, traducido del francés [el aparato crítico] por Juan Carlos Moreno Romo, Anthropos, Barcelona, 2008.

Juan Carlos Moreno Romo
Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, México.

Se trata, desde distintos puntos de vista o aspectos, de un libro en extremo singular. Es hasta donde sé el primero en nuestro idioma sobre el puntual asunto del que trata, o al que pertenece: los *Sonderkommandos* de Auschwitz. Y es sobre todo un libro que nos llega, la mitad en una cantimplora, y la otra mitad en una caja, desenterradas ambas de entre las cenizas de las víctimas de Auschwitz, como de un naufragio. Y nos llega, en efecto, del naufragio de la idea o de la interpretación más fuerte de la Modernidad que la Filosofía de la Historia supuso que hallaría su consumación, o su paraíso en la tierra, en esa Alemania misma que lo que produjo fue más bien, y casi casi literalmente hablando, un infierno.

Los manuscritos vienen precedidos por un breve e indispensable estudio introductorio en el que Philippe Mesnard y Carlo Saletti los sitúan en la historia general, y también en el marco de los escasos estudios históricos sobre el tema, además de ofrecernos una primera interpretación de los mismos y de sus aspectos más relevantes: qué lugar ocupan estos textos singulares en el género, tan singular también, de la “literatura de la catástrofe”; qué se sabe con respecto a los *Sonderkommandos* de Auschwitz, y de qué otros testimonios disponemos sobre ellos; qué valoraciones se han hecho con respecto al destino tan terrible de aquellos hombres que se vieron obligados a auxiliar, en el corazón mismo del infierno de Auschwitz-Birkenau que eran los crematorios y las cámaras de gas, a los verdugos de su pueblo; cómo se descubrieron los manuscritos o

“rollos”, y cómo fueron publicados; y en fin, cómo es que podemos profundizar en ellos: en la subjetividad de su autor, y en su manera de aferrarse a la humanidad, en aquellas condiciones inhumanas, gracias al milagro de la escritura, que le permitió evadirse de su miserable situación y ser libre al mismo tiempo que arrastraba las más duras cadenas.

Además del estudio introductorio, el aparato crítico consta de abundantes notas explicativas, de un minucioso cuadro sinóptico de los acontecimientos relativos al *Sonderkommando*, entre 1940 y 1945; y de una rigurosa selección bibliográfica.

Los manuscritos, obra de un aldeano que, antes de que se lo tragara el universo concentracionario, quería ser escritor, están en efecto bastante bien escritos, con la salvedad, en algunos pasajes (pocos), de algunas repeticiones que de todos modos no entorpecen demasiado la lectura. Fuera de esas repeticiones, sin embargo, e incluso con ellas, no sería exagerado decir que estamos ante un texto que se puede convertir en un verdadero clásico.

La suerte quiso que, de los distintos manuscritos que Zalmen Gradowski sembrara entre las cenizas de su pueblo, los dos que nos han llegado sean básicamente complementarios. “Querido “descubridor” –leemos en la carta que acompaña al segundo manuscrito (p. 168)–, busca en cada trocito de tierra porque debajo de la superficie se han enterrado decenas de documentos –míos y de otras personas– que arrojan luz sobre lo que aquí ha ocurrido. En este lugar hay también muchos dientes enterrados. Los esparcimos nosotros, los trabajadores del comando, intencionadamente y todos los que pudimos por la parcela entera, para que el mundo pudiera hallar los rastros de millones de personas asesinadas. Nosotros mismos ya hemos perdido la esperanza de llegar vivos al momento de la liberación”.

En el “Primer Manuscrito” Gradowski nos hace acompañarlos a él y a su pueblo, en tiempo presente, en su deportación a Auschwitz-Birkenau. “[Ven] aquí, acércate –tú, feliz ciudadano del mundo– que vive en aquella tierra donde aún existe la dicha, la alegría y el placer, y yo te contaré cómo los modernos y viles criminales trocaron en desgracia la felicidad de un pueblo, haciendo que su alegría se esfumara, se convirtiera en una pena eterna y destruyendo para siempre su bienestar.” (p. 5).

Tras una breve y aguda introducción, en la que le advierte al lector que le costará trabajo creer las cosas terribles que le contará, todas ellas llevadas a cabo por “un pueblo culto”, nos relata la forma en que, en medio de humillaciones y violencias, y también de refinadas astucias, él, su familia y todo su pueblo son obligados a entrar, hacinados, en unos cuantos vagones de tren que después son herméticamente cerrados.

“Preguntas –escribe (p. 14)– por qué no ofrecieron resistencia”. Por los vínculos familiares, nos responde, y porque aquellos judíos desconfiaban del apoyo de sus vecinos polacos (¿por qué?), y en fin, porque no creían que los

condujesen a un campo de exterminación. Todos quieren creer, a pesar de los rumores, que los llevan a campos de trabajo. La presencia de ancianos, niños y enfermos parece desmentir esta consoladora idea, pero todos se aferran a ella.

Al alejarse de su pueblo, Gradowski evoca la salida de España, en un pasaje que habrá que leer con atención y con cuidado, en especial ahora que está disponible en nuestra lengua, y habrá que confrontar con él, sobre todo, muchas comparaciones y asimilaciones hartamente fáciles e injustas que circulan por ahí. Los pasajes dañados o ilegibles en el manuscrito, señalados por los editores con puntos entre corchetes, apenas afectan su comprensión. “Entonces –escribe–, en aquella España, abandonamos un país en nombre de nuestro orgullo nacional y de nuestras convicciones religiosas [], con gran [...] escupimos [...] en el rostro de los que con brazos abiertos quisieron [...] e incluso introducimos en los templos “oficiales” como precio para poder quedarnos. Pero eso hubiera supuesto negar nuestros principios, perder nuestra intrínseca libertad y nuestra cultura. Respondimos a sus ruegos con la burla y el desprecio. Mirábamos con asco a quienes querían darnos libertad de derechos a cambio de un sencillo reconocimiento religioso. Entonces éramos un indómito y orgullosos pueblo que se marchó y, a lo lejos, resplandecían las puertas de un mundo que nos recibió con los brazos abiertos. Pero hoy –continúa–, no es que dejemos el país, sino que nos expulsan, no como a un pueblo, sino como a seres sojuzgados. No nos están expulsando por nuestro orgullo nacional, sino por un vulgar decreto sádico y diabólico. No estamos siendo empujados hacia la frontera de otro país sino que, por el contrario, nos acercan hacia ellos, para que nos internemos en el corazón profundo del país que quiere liberarse de nosotros. Vamos, parece ser, hacia un camino sin final. Y puede que de ese modo lleguemos a la eternidad.” (p. 19)

El relato y el tren prosiguen su marcha, y una esperanza fugaz interrumpe la reflexión. Se acercan a una estación, y sienten una súbita alegría que desaparece cuando descubren que todavía no es ese el destino. Desengañados, se organizan para sobrellevar mejor la situación, se sientan por turnos donde pueden y como pueden, los religiosos rezan. Desde fuera del tren, a su paso, varias personas les dicen algo terrible, pasándose el dedo índice por las gargantas, como indicando un degüello. “¿Qué es lo que se proponen con eso?, ¿por qué intranquilizan a los ya muertos de miedo?” (p. 33). La incertidumbre los atormenta, y sienten un momentáneo alivio cuando uno de ellos descubre que quienes los han precedido en aquellos vagones les han dejado un mensaje, que los alienta: el itinerario está escrito en las paredes del vagón, pero las indicaciones se detienen cuando llegan “al país del alemán”.

La incertidumbre cede pronto el paso al hambre, y a la sed. Se cruzan con trenes en los que viajan personas libres, felices como hasta hace poco ellos también lo eran. Unas mujeres, desde afuera, lloran su suerte, y otras más les

arrojan bolas de nieve para que aplaquen su sed, pero los nazis no les permiten abrir las ventanillas, hasta que una madre que ve que su hija se le muere de sed golpea enérgicamente las ventanillas, ya sin ningún miedo, y ahora son los SS los que temen que las cosas se les salgan de control, y al fin les permiten abrir las ventanillas, y algunos de ellos logran paliar su sed con las bolas de nieve que, desde abajo, varias personas valientes y caritativas (“seguramente judías”, piensa Gradowski, p. 33) les arrojan a todos.

Cuando al fin llegan a Auschwitz-Birkenau, son recibidos por “militares con los cascos puestos, con largos látigos en sus manos y acompañados de grandes perros feroces Si vinimos a trabajar como personas tranquilas y pacíficas –se pregunta–, ¿para qué esas medidas de seguridad?” (p. 39).

Las familias son separadas con gran violencia, y se da la “selección” que hará de él un *Sonderkommando* o miembro del Comando Especial de Auschwitz, y un número tatuado a su cuerpo en vez de una persona, mientras que su esposa, su madre, sus hermanas, su suegro y su cuñado son gaseados e incinerados ese mismo día. Él va descubriendo poco a poco su situación. “Recordad –les indican– que tenéis que convertirlos en autómatas y moverlos según nuestra voluntad” (p. 51).

El segundo manuscrito es dos veces más extenso (52 páginas tiene el 1º, y éste 2º 104), y es mucho más lírico. En éste hay más de desahogo literario, y también hay más reflexión. Lo que Gradowski nos cuenta en él corresponde ya a su “privilegiada” experiencia del corazón mismo del campo de exterminio, o del infierno de Auschwitz-Birkenau, como lo llama él.

“Escribo con la intención de que por lo menos un mínimo de esta realidad llegue al mundo y que tú, mundo, reclames venganza, venganza por todo esto.” (p. 61) Y sigue luego una extensa invocación a la luna, a la que le reprocha su indiferencia ante el dolor de su pueblo. “Escucha, tú, Luna: un pueblo culto, un pueblo valiente y poderoso se vendió al demonio y en su nombre y por su voluntad le ofreció a mi pueblo en sacrificio” (pp. 69 - 70). El autor es ya consciente entonces de que los nazis están trayendo a todos los judíos de Europa, desde donde los encuentran, para exterminarlos en las cámaras de gas. “El demonio ya los ha atrapado. Ya están ahí todos juntos desnudos –así es como los quiere el demonio, así es como desea a sus víctimas–, ya van marchando en filas cerradas familias enteras que se han reunido; van juntas hacia la inmensa tumba” (p. 71).

Y nos cuenta en seguida el duelo que sufrió al perder a su segunda familia, que fueron los primeros miembros del *Sonderkommando* al que pertenecía que fueron eliminados. Ellos sabían. Nos cuenta cómo todos estaban decididos, llegado el temido momento, a rebelarse juntos, y cómo la astuta psicología de sus verdugos los venció, y se acobardaron, aferrándose, los no seleccionados para morir, a la vida que todavía les quedaba, y nos cuenta el dolor de haberse

quedado sin ellos, y de no haberlos podido despedir. “Si hubiera habido uno, solamente uno entre nosotros, cuya mente hubiera podido librarse del dopante opio de la “división”, con la que los bandidos –con toda intención–nos habían drogado, paralizando nuestros corazones y ese único se hubiera lanzado al combate, aún hubiese podido ocurrir el milagro”. (p. 81).

Nos cuenta sus sueños y sus pesadillas, y su vida de pesadilla. Echa de menos, de entre sus compañeros de desgracia, en particular a los religiosos, de los que emanaba tanto consuelo cuando se ponían a recitar Salmos, o a estudiar la *Mishna* ante la vigilancia condescendiente de sus verdugos. “Si incluso aquí en este rincón del infierno podían reconocer que todo estaba regido por la voluntad del supremo poder divino, a ese tipo de judíos había que dejarles el campo libre para moverse según sus creencias y que también aquí y ahora profundizaran en su fe. Y debido a eso eran tolerantes y minimizaban” (pp. 103 - 104).

Y nos cuenta, en fin, la aniquilación de los judíos que llegaron en “el transporte checo”. “Querido lector, escribo estas palabras en momentos de máxima desesperación, no sé ni creo que yo mismo pueda, después de la “tormenta”, leer estas líneas” (p. 111).

Los checos sabían muy bien lo que les esperaba, y ello provocó en los altos mandos del Campo, además del sadismo de sacrificarlos en la fiesta del *Purim*, un despliegue inusitado de medidas de seguridad. En los miembros del *Sonderkommando* esto despertó una cruel esperanza: “Hoy es *Purim* para nuestro pueblo y quizás, en el umbral del sepulcro, aún pueda producirse un hecho milagroso” (p. 125). La fiesta de *Purim* conmemora el que, con la ayuda de Ester, los judíos pudieron escapar a la aniquilación con la que los amenazaba el ministro Haman, en nombre del rey Asuero.

Pero si los judíos de los tiempos bíblicos se salvaron con plegarias y con ayunos, Gradowski quiere pelear. Recuerda a los pocos que se han atrevido a resistirse en la antesala de la muerte. Recuerda a aquel vigoroso y valiente joven de Bialystok, que llevaba un cuchillo y con él afrontó a sus verdugos, y también a aquella joven heroína del transporte de Varsovia, que le arrebató el revólver al *Oberscharführer* y con él resistió como pudo y vendió cara su muerte.

Ahora vienen, en la fiesta del *Purim*, los judíos del transporte checo. “Y nosotros, sus propios hermanos, encima tendremos que ayudar, ayudar a bajarlos de los vehículos, llevarlos al búnker, ayudarlos a desnudarse hasta que estén tal como llegaron al mundo. Y cuando ellos estén completamente preparados, seguir ayudando acompañándolos hasta el búnker –a la tumba– de la muerte” (p. 131).

Llegan las mujeres, y ellos las asisten. “Decidnos, hermanos, ¿cuánto se tarda en morir? ¿Es una muerte penosa o fácil?” (p. 140). Todas se tienen que desnudar, y desnudas ya, muchas de ellas jóvenes y hermosas, sienten un gran

pesar, y una gran necesidad de aferrarse a la vida. “Quieren emborracharse ahora, las queridas hermanas, las hermosas mías. Y sus labios ardientes se tienden hacia nosotros con amor; quieren besarnos apasionadamente, mientras esos labios siguen con vida” (p. 141). “Otras nos hablan en voz baja, serenas: “¡Ay!, si somos tan jóvenes, tenemos ganas de vivir, hemos disfrutado tan poco de la vida”. No nos piden nada, porque saben que somos igualmente víctimas, como ellas. Pero hablan, simplemente por hablar, porque el corazón está colmado de pena y antes de morir quieren hablar con alguien que está vivo y contarle sus sufrimientos” (ibíd.).

Las mujeres del transporte checo mueren victoriosas. Una madre que va a morir al lado de su hija de nueve años afronta a sus verdugos, a los altos mandos del campo de exterminio que han ido a ver que todo se desarrolle sin contratiempos para ellos, y les grita, vengadora, que su muerte no puede ocultar las derrotas que están sufriendo en el frente del este: “Llegará el día de la venganza –les grita–. ¡La gran Rusia victoriosa se vengará en nuestro nombre!” (pp. 145 - 146). Una joven hermosa logra luego abofetear al *Oberscharführer* Voss, y aunque la golpean salvajemente, aquello enciende y enaltece a todas las mujeres, que ya en la cámara de gas esperarán la muerte cantando, retadoras, La Internacional, los himnos hebreo y checo, y la Canción del Partisano.

Los hombres, en cambio, irán mansa y resignadamente a la muerte, y esto a Gradowski y a los suyos, que esperaban poder rebelarse al lado de ellos, los decepcionará. “Teníamos la esperanza nosotros nos lanzaríamos, hombro con hombro junto a ellos, al desigual combate Para nosotros sería la gran oportunidad de darle a esta vida tenebrosa un heroico final” (p. 157).

Y el manuscrito cierra contándonos las labores que, después de consumada la muerte de los suyos, tienen que llevar a cabo todavía los miembros del *Sonderkommando*. “Es preciso endurecer el corazón, matar toda sensibilidad, acallar todo sentimiento de dolor. Es preciso reprimir el horroroso sufrimiento que recorre como un huracán todos los rincones del cuerpo. Es preciso convertirse en un autómatas que nada ve, nada siente y nada comprende” (p. 162).

Y sin embargo, en ese mismísimo infierno en el que su horrible condición lo lleva a envidiar la modernísima condición de autómatas, la vida y la obra de Salmen Gradowski dan fe de que, pese a todo, un hombre es un hombre y lo seguirá siendo hasta su último aliento.

Este es un tema que naturalmente llama la atención de los autores del estudio introductorio. “Algunos –observan– vieron con claridad que su vínculo con la humanidad estaba condenado a extinguirse” (p. XVII). “El hecho de que esos hombres pudiesen seguir viviendo en esa zona secreta –insisten– casi imposibilitaba el no inferir en ellos una deshumanización” (P. XXII). Y citando a Wieslaw Kielar y a Primo Levi constatan “la dificultad intrínseca, incluso por parte de quien ha vivido no muy lejos de ellos, en admitir que unos hom-

bres hayan podido preservar en ellos su humanidad mientras garantizaban el funcionamiento de la máquina de exterminación” (p. XXIV). A pesar de una breve confrontación con Primo Levi y con Giorgio Agamben, y de la salida que encuentran en la escritura como espacio de evasión para “la subjetividad” de los Sonderkommandos (como “lo que ellos pusieron en práctica para aferrarse a una humanidad de la que estaban cortados” (p. XXXI)), la verdadera reflexión antropológica que esa experiencia reclama se echa de menos en estas breves páginas, que acaso se demoren demasiado en la retórica a la que da pie el asunto.